

## **Historias detrás de historias (\*)**

**Por Magdalena Bosh 2º B**

Basta mirarlas para hacerse una idea. De un vistazo es posible imaginar a las mujeres con sus vestidos pomposos y a los hombres con sus trajes y sus magníficos carruajes; cada uno más ostentoso que el otro. Algunas están impecables, otras más deterioradas, pero la gran mayoría de las casaquintas del Prado siguen en pie después de más de cien años.

A partir del último cuarto del siglo XIX se produjeron una serie de transformaciones en las costumbres, las mentalidades y los estilos de vida que llevaron de a poco a la modernización del país. La expansión de la planta urbana, el desarrollo de la arquitectura pública y doméstica, las nuevas preferencias en materia de mobiliario y decoración, son algunos de los cambios que se observan en esta etapa. Todos estos cambios se vieron marcados por una creciente europeización que sigue latente hasta nuestros días.

Esta influencia europea se ve bien reflejada en las casaquintas. En un principio eran residencias de veraneo para las clases altas ubicadas en los suburbios de la ciudad, pero poco a poco la gente empezó a establecerse definitivamente. Otra razón por la que se empezaron a construir fue para refugiarse de las graves epidemias de fiebre amarilla, viruela y cólera que amenazaban a la ciudad.

Una de las quintas más conocidas fue la de Bautista Raffo quien en 1867 compró un terreno de ocho hectáreas en la entonces llamada zona del Miguelete. Entre 1870-72, el ingeniero civil Alberto Capurro edificó, al mejor estilo italiano, la villa que durante un siglo fue conocida como la Quinta de Raffo. Construida con los mejores materiales –finos enlucidos de estuco en el interior, balaustres, columnatas y peldaños de mármol de Carrara- esta quinta es parte de lo que hoy conocemos como el Museo Blanes. Una escalinata sostenida por cuatro esbeltas columnas clásicas, conduce a una espaciosa terraza con barandilla de balaustre y grandes macetas. Y como no podría faltar, el amplio jardín poblado de árboles y exóticas plantas de distintas especies –sauces, álamos, eucaliptos, magnolias, acacias, pinos, araucarias- embellece la casa rodeándola. Pero no sólo el interior está decorado con los más refinados muebles, sino que el jardín también está engalanado con estatuas barrocas, fontanas y glorietas.

Años después, el predio fue vendido a Clara García de Zúñiga pero ésta lo abandonó al poco tiempo debido a su locura. Varios dueños fueron adquiriendo la casa, entre ellos don Antonio A. Molina y don Augusto Morales. En 1929 la compró el municipio con el objetivo de crear el Museo Municipal de Bellas Artes. La casa fue ampliada por Eugenio P. Baroffio quien se preocupó por seguir el mismo estilo y en 1930 se inauguró el Museo Blanes tal como lo conocemos hoy.

Pero sin apelar a un ejemplo tan conocido como dicho museo, cada casaquinta tiene su propia historia, como la casa de Magdalena Sabio y Diego Beltrán ubicada en 19 de Abril y Agraciada. La quinta pertenecía a Elías Azzini, un italiano enamorado del arte según Magdalena, que en 1920 mandó construir lo que hoy es la planta baja de la

casa. En 1944 la compró Santiago Sabio, su abuelo, para remodelarla y conservarla tal como la vemos hoy en día. Construyó dos casas paralelas: una en la planta baja y otra en la planta alta. Como consideraba que los dormitorios debían tener luz natural, cambió la antigua disposición y los movió hacia el ala izquierda, dejando la zona de recepción en el ala derecha. “Abuelo decía que como se recibía de noche se podía iluminar con arañas”, cuenta la dueña de casa.

Entrar a la casa es como entrar a un museo de arte y antigüedades. Estufas y escaleras de mármol de Carrara, comedores de roble, estatuas griegas, relojes de piso que siguen funcionando, tocadiscos, juegos de té de la más blanca plata, son sólo algunas de las cosas, entre tantas, que llaman la atención. Todo el mobiliario, traído de Europa por encargo - desde lo más grandes, como el juego de comedor, hasta lo más pequeño como una copa de cristal -, pertenecía a sus abuelos y tatarabuelos. Pero lo más fantástico es que cada cosa viene acompañada de un cuento; como la mesa de canasta de la abuela o los sillones orientales que le regaló el Embajador de Taiwán a su abuelo.

Si bien son dos casas totalmente independientes, están conectadas por una puerta. Sin embargo, lo que realmente las une es la sangre, porque en esta quinta siempre convivieron varias generaciones. Antes, sus abuelos y sus padres; ahora, ella y su hermana con sus respectivas familias, cada una en una planta.

Magdalena es una enamorada de su barrio y de su historia, y con aire romántico se atreve a decir que el Museo del Prado es como su pequeño Versalles del Prado. El jardín, o mejor dicho parque, por sus grandes dimensiones, solía llegar hasta la otra calle. Actualmente la zona de las cocheras pertenece a otra casa porque “lo que sobraba acá eran metros y metros de verde.” Con una estructura típicamente italiana, los canteros adyacentes van recortando al óvalo central y desde el portón grande hasta el fondo del predio, una glorieta con cristinas marca el camino por donde andaban los carruajes. La vegetación es abundante, diversos tipos de flores y plantas adornan cada rincón. “Si habrá pasado tiempo que un arbusto es casi del tamaño de un árbol.”

Y así como esta historia, detrás de cada portón se esconde otra similar. Si bien algunas casas fueron demolidas o están abandonadas, en algunas siguen viviendo las mismas familias que hace cien años, otras son embajadas y otras museos, no cabe duda de que todas forman parte de nuestro patrimonio. Cuántos libros se habrán leído bajo la sombra de esos árboles, cuántas conversaciones habrán escuchado esas paredes. Estas casas saben más que cualquier libro.

(\*) *Reportaje. El ejercicio de escritura consistió en integrar el testimonio personal, las descripciones y las citas de las fuentes consultadas en un texto periodístico.*